
el más reciente, *Il nodo e il chiodo*, conmovedora autobiografía intelectual disfrazada bajo una serie de breves ensayos reflexivos.

Algunas personas jamás cambian, permanecen atrapadas en sus sueños de juventud, y no pueden aceptar ni la derrota ni el paso del tiempo. Hacía mucho tiempo —alrededor de 20 años, antes del secuestro de Aldo Moro— que Sofri se había despedido del sueño de la revolución. Pero jamás, ni siquiera por un momento, repudió la pasión política que lo inspiró en su juventud. En el lenguaje legal italiano hay una expresión: *distanza di rispetto*. Recuerdo que una vez hablé sobre esto con Adriano: la frase insinúa que uno respeta su propio pasado, pero que lo mantiene a distancia. En esta mezcla de generosidad y claridad de visión crítica reconozco las características de alguien de quien he aprendido mucho, y a quien le estoy profundamente agradecido.

La muerte de las notas al pie. Informe sobre una exageración

Anthony Grafton

Tomado de *The Wilson Quarterly*, invierno de 1997. Traducción de Antonio Saborit.

Durante una semana a finales del verano y principios del otoño de 1966, los hombres mordieron a los perros. No tanto como eso, pero ocurrió algo casi tan sorprendente. Las notas al pie se apoderaron de los titulares de los periódicos. Un artículo del *New York Times* informó a los impactados lectores que se había desatado una polémica sobre tan oscuro tema. Muchos académicos, sostenía el reportero, se alejan de las notas al pie. Los historiadores de cierta experiencia, con el deseo de comunicarse con sus lectores, consideran las notas como un exceso de peso que sofoca a su alegre prosa. Famosos académicos de las letras, deseosos de explorar sus propias experiencias en ensayos personales, no ven la necesidad de desperdiciar espacio en las formas tradicionales de documentación. Alguna vez las largas notas al pie identificaban a sus autores como veteranos explotadores de bibliotecas y archivos. Hoy sólo descubren la pedantería de los jóvenes escritores al tratar (y fracasar) de darle el elegante perfil de un libro legible al tabique de su tesis. Los cantos de la experiencia se han convertido en cantos de inocencia.

Las imprentas universitarias se especializaron tradicionalmente en sacar libros en los que una gruesa producción de notas al pie cubría, y a veces separaba, las páginas a las que pertenecían. Pero

hasta los editores de las imprentas universitarias sacaron sus tijeras y empezaron a cortar. Los cultos lectores nacidos en la década de los cincuenta claman, al parecer, por ensayos escritos e impresos con elegancia y que se dejen leer entre las espumeantes máquinas cafeteras para preparar capuchinos y los pulidos estantes de los superalmacenes de Bordes y Barnes & Noble. Pero los editores comerciales tienen poco interés en semejantes títulos pues por lo general sólo venden unos cuantos cientos de ejemplares. Las subsidiadas imprentas especializadas se metieron a donde no se atrevían los ángeles del mercado libre. Desalentando o rechazando las monografías que alguna vez llenaron sus catálogos, los editores andan a la caza de autores con experiencia académica, capaces y dispuestos a escribir para un público más amplio —y a hacerlo sin citar toneladas de fuentes primarias y secundarias—. La pedantería va de salida, lo nuevo son los ensayos. Tal vez la distinguida historiadora Gertrude Himmelfarb lo previó al preguntar, en un ensayo publicado hace unos años: “¿Dónde andan las notas al pie?” Las notas al pie, o algo así indicaba el artículo del *New York Times*, se han convertido en una especie en peligro de extinción, abandonadas por sus propios progenitores y desprovistas de su frágil nicho en la ecología de la edición.

Esta dramática historia provocó una amplia discusión. *The Guardian Time*, *Newsweek* y muchas otras publicaciones se sumaron con ensayos, muchos de los cuales deploraban la supuesta decadencia y caída de las notas al pie, mientras que otros tantos desplegaron su humor de pie quebrado a expensas de tema siempre tan atractivo: la estupidez de los académicos. Después de todo, las notas al pie han sido carnada de muchos chistes. Noel Coward señaló llamativamente que pasar del escrito principal a las notas al pie es como interrumpir el acto de hacer el amor por bajar las escaleras para ir a ver quien llama a la puerta. Pero una vez que apareció la pincelada de la extinción, este despreciado recurso literario halló más defensores capaces que la ballena azul o la grulla.

Sin embargo, como es costumbre, el fragor de la maquinaria publicitaria de Estados Unidos hizo más por ahogar la discusión del tema que por llevarla a un lugar útil. Pocos de los columnistas y reporteros que siguieron el artículo original abordaron la situación con la profundidad de su autor: ninguno revisó lo que dijo. Sin embargo, él tampoco trató, ni podía hacerlo, los asuntos de manera exhaustiva. De hecho, las notas al pie difícilmente están en peligro y éste es sólo uno de los numerosos rasgos de su historia pasada, de su estado actual y de los prospectos futuros tan ampliamente malentendidos.

Un vistazo más detenido a las publicaciones académicas en la década de los noventa revela una escena bastante más variada —y en parte más tradicional— que la que sugiere el Furor de la Nota al Pie del 96. Es cierto que muchas editoriales comerciales creen que no son atractivos los libros que alguna vez ocuparon la mitad de su catálogo, a la vez que les dan la bienvenida las imprentas universitarias. Las ventas de tres mil a cinco mil ejemplares no cubren los costos de un título comercial, aunque sí llenan de júbilo los presupuestos de las imprentas universitarias y a sus arcas con una

La pedantería va de salida, lo nuevo son los ensayos. Tal vez la distinguida historiadora Gertrude Himmelfarb lo previó al preguntar, en un ensayo publicado hace unos años: “¿Dónde andan las notas al pie?” Las notas al pie, o algo así indicaba el artículo del New York Times, se han convertido en una especie en peligro de extinción, abandonadas por sus propios progenitores y desprovistas de su frágil nicho en la ecología de la edición.



Con todos los cambios en el mercado del libro al menudeo, y no obstante los incentivos financieros y los problemas que tienen que enfrentar las imprentas universitarias, las fuentes de referencia no están en peligro. Tampoco peligran los libros para los que tales referencias se han escrito tradicionalmente. Cierta perspectiva histórica instala la calma.



modesta cantidad de oro. Muchos directores y editores de imprentas universitarias son dados a enfatizar estos hechos, lo que da a su misión y a sus productos un nuevo glamour. Con razón, hacen énfasis en que los libros a la cabeza de sus catálogos podrían haber agraciado un catálogo comercial hace diez años y se dirigen a un público lector amplio, si bien no enorme. De hecho, tales libros son los típicos productos de las imprentas universitarias que hallan su lugar entre los tarros y las camisetas de Starbucks en los grandes almacenes de libros.

Pero ningún consumidor perspicaz de libros provenientes de las imprentas universitarias sugeriría que dominan en sus catálogos los ensayos escritos para el público en general. En su mayoría, las imprentas universitarias publican libros eruditos. Los editores siguen solicitando dictámenes a los académicos sobre los manuscritos que les envían; siguen tratando de ayudar a los autores a lograr mayor precisión en el contenido así como más pulimiento en el estilo; en pocas palabras, siguen tratando de publicar libros que ofrezcan nuevos conocimientos al mundo de la lectura. Y aunque la mayor parte de los editores insisten en que no quieren ayudar a las universidades a tomar decisiones sobre la promoción de los jóvenes académicos, el producto de esa omisión sigue siendo el primer libro de un nuevo recipiario de un título doctoral que ha salido de la crisálida de la ayudantía tutorial en pos de las alas de una plaza definitiva. Una imprenta dispuesta a ofrecer un contrato de publicación acaso determine el resultado de la carrera de un joven académico. Los libros que se ganan semejante reconocimiento casi siempre conservan las cicatrices de sus orígenes en la forma de una amplia documentación. Sin ésta, a fin de cuentas, autores a quienes sólo conocen los directores de sus tesis no esperarán que los tomen en serio.

Los académicos de más edad que profesaron su malestar hacia las notas al pie pertenecen a una categoría especial, muy vieja: la del Académico e Historiador Reconocido. Daniel Boorstin y Gordon Craig, a quienes citaba el *New York Times*, desde hace décadas han navegado en libros con fuertes cargamentos de erudición. Desde entonces, han demostrado una y otra vez su dominio de un gran número de fuentes primarias y secundarias. Editores, reseñistas y lectores no requieren de las notas al pie para asegurarse de la competencia y de la probidad de estos académicos —como tampoco la necesitaron los editores de Princeton University Press al publicar el magnífico libro de R. R. Palmer, *Twelve Who Ruled* (1941), sin notas al pie, el cual hace más de cincuenta años recibió elogios en todas partes y halló decenas de miles de compradores. Las libertades que las imprentas universitarias les permiten a esos autores no son nuevas, como tampoco lo es la búsqueda de libros legibles de autores de prestigio. En otras palabras, con todos los cambios en el mercado del libro al menudeo, y no obstante los incentivos financieros y los problemas que tienen que enfrentar las imprentas universitarias, las fuentes de referencia no están en peligro. Tampoco peligran los libros para los que tales referencias se han escrito tradicionalmente. Cierta perspectiva histórica instala la calma.

Hoy en día, como en el pasado, un vistazo a los productos característicos de la mayoría de las imprentas universitarias curaría

el insomnio. La jerga profesional sigue arrojando el lenguaje, la erudición sigue atascando las frases y las notas al pie y las notas al final se siguen llevando una cuarta o una tercera parte del contenido de casi todos libros universitarios. La mayoría muy probablemente satine con tan fina porcelana Sung la mirada del lector común antes que despertar una controversia o echar a andar las ventas. Muchos de ellos, de hecho, tendrán cifras de venta entre las centenas y muchos significarán pérdidas para sus editores. Y así tiene que ser. Las imprentas universitarias, al igual que otras organizaciones complejas, tienen muchos objetivos. Pero reciben exenciones fiscales porque promueven decididamente la distribución de formas de conocimiento nuevas y financieramente no remunerables. Yo mismo he hecho perder felices sumas de dinero a distinguidos editores académicos aquí y en el extranjero. Pero nunca he tenido la menor dificultad para hallar una imprenta universitaria que saque mis voluminosos e invendibles libros. (Un editor en Inglaterra sí murmuró, al darle un manuscrito de una extensión y complejidad inusitados, que parecía que yo quería confirmar la idea que generalmente se tiene sobre Oxford como el hogar de las causas perdidas.) Así como lo anterior es cierto, las notas al pie no están en peligro.

Sin embargo, en cierto sentido el reportaje del *Time* sobre las notas al pie salió sumamente retrasado. Pues si la seguridad de las notas al pie parece garantizada en el futuro inmediato, su naturaleza e historia no se han examinado desde hace mucho tiempo. Hasta los más decididos defensores de las notas al pie por lo general no han pensado mucho o lo suficiente sobre el origen de este extraño recurso. Y eso parece muy raro. Las estrategias de los científicos para reunir, registrar y publicar sus datos han sido estudiadas con gran entusiasmo en décadas recientes. Las transacciones sociales que participan en la creación de experimentos y en las convenciones retóricas que gobiernan la publicación de sus resultados —hoy lo sabemos— tienen una historia propia. Nadie que esté interesado en el origen y desarrollo de las ciencias en el mundo moderno la puede ignorar. Por otra parte, las historias sociales y retóricas del conocimiento humanístico apenas se comienzan a examinar. En sus cuadernos, Louis Pasteur registró sus procedimientos muy detalladamente, la inmensa mayoría del cual no era para el consumo público. Estos detalles se han analizado a profundidad y han provocado una fuerte polémica. Pero los cuadernos y las notas de Leopold von Ranke, el profesor berlinés del siglo XIX a quien por lo general se considera como el fundador de la moderna y documentada historiografía, han llamado poco la atención, aun cuando ellos también suscitan preguntas fascinantes sobre la distancia que separa a la “ciencia privada” de Ranke de sus publicaciones.

Ranke, como todos saben, transformó la escritura de la historia de un género literario en una práctica científica apoyándose en un masivo estudio comparativo de documentos de archivo para mostrar “*wie es eigentlich gewesen*” (“cómo ocurrió realmente”). Con frecuencia, Ranke tipifica una época mejor que ésta en los recuentos nostálgicos de aquel tiempo en el que los historiadores eran personas y las notas al pie eran notas al pie. Pero sin embargo, una comparación de las historias publicadas de Ranke con sus borrado-

Las imprentas universitarias, al igual que otras organizaciones complejas, tienen muchos objetivos. Pero reciben exenciones fiscales porque promueven decididamente la distribución de formas de conocimiento nuevas y financieramente no remunerables.



Ranke transformó la historia en teoría, al insistir que toda narración sobre el pasado debía ir acompañada por un análisis sistemático de las fuentes en las que se apoyó. Pero sus prácticas eran bastante menos rigurosas que su credo teórico. Ranke trabajaba con el desaliño de cualquier contemporáneo. Sólo una vez que componía sus escritos le añadía las notas al pie. A veces no encontraba la fuente o el documento original del que había sacado un dato o una conjetura —problema que enfrentó no alterando su texto sino por el expediente más sencillo de omitir la nota al pie en cuestión.

res y notas de trabajo basta mostrar que está mal ubicada la nostalgia por una época de verdadera erudición. Ranke transformó la historia en teoría, al insistir que toda narración sobre el pasado debía ir acompañada por un análisis sistemático de las fuentes en las que se apoyó. Pero sus prácticas eran bastante menos rigurosas que su credo teórico. Ranke trabajaba con el desaliño de cualquier contemporáneo. Sólo una vez que componía sus escritos le añadía las notas al pie. A veces no encontraba la fuente o el documento original del que había sacado un dato o una conjetura —problema que enfrentó no alterando su texto sino por el expediente más sencillo de omitir la nota al pie en cuestión. En otras palabras, no obstante toda su brillantez como estilista y crítico, Ranke, el padre de la historiografía moderna, no dominaba el oficio de las nota al pie. Esto tal vez ayude a explicar por qué se le atacó salvajemente, poco después de la aparición de su primer libro, debido a las inexactitudes y omisiones que desfiguraban su documentación. Ranke tal vez fuera el *ALTVATER* de la moderna profesional histórica, pero sus notas al pie —y los procedimientos de investigación que registran— a duras penas merecen citarse como parangones de lamentación por lo viejo o como modelos de imitación para los jóvenes.

La historia de las notas al pie de hecho empezó mucho antes de que pasaran Ranke o el siglo XIX. Hasta en el mundo antiguo, en el que la mayoría de los historiadores veía su género como algo que dependía de los informes orales de los participantes en los acontecimientos que ellos describían, a algunos les pareció necesario citar documentos oficiales, como los tratados. Josefo, el historiador de los judíos, y Eusebio, el historiador de la primera iglesia cristiana, produjeron elaboradas compilaciones de las primeras fuentes. Querían mostrar irrefutablemente, citando exahustivamente los materiales relevantes, que la tradición judía era más antigua y honda que la griega y que lo mejor de la filosofía y teología paganas buscó al cristianismo. La historia de la iglesia, en pocas palabras, no sólo se apoyó sino que en su mayor parte estuvo integrada por amplios bultos de fuentes primarias (como lo sigue estando, tanto en círculos católicos como protestantes).

Los abogados romanos y los teólogos católicos que produjeron los canónicos comentarios y libros de referencia del final de la Antigüedad y de la Edad Media también desarrollaron sistemas de abreviaturas y glosas para indicar las fuentes en las que se apoyaban. En síntesis, la documentación sistemática ha existido desde hace mucho tiempo. Los practicantes de profesiones intelectuales que se basan en los textos centrales del canon la han empleado ampliamente durante milenios; los historiadores han hecho lo mismo casi durante el mismo tiempo, aunque con menos consistencia. Evidentemente las notas al pie no nacieron, como la moderna universidad, al comienzo del siglo XIX en Berlín. Pertenecen a la larga historia de la erudición y de la narrativa.

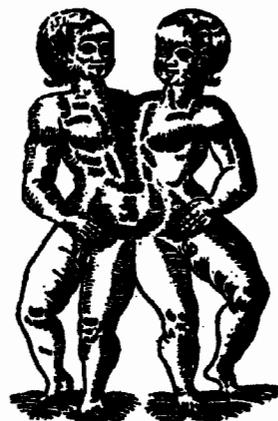
La moderna nota al pie —con todos sus ideales bibliográficos, discusiones sobre variaciones textuales y fuentes y un lugar aparte en la página— es sólo una especie de un género más amplio. Parece haber llegado a su forma definitiva en la segunda parte del siglo XVII. En esa época de sistemáticas y desgarradoras dudas, cuando

todas las certezas sobre la Biblia, Dios y la naturaleza parecían disolverse, Descartes y una banda de críticos menores negaron que el conocimiento histórico fuera cierto o útil. Las notas al pie no podían probar la utilidad de estudiar el pasado. Pero sí podían probar —o eso fue lo que pensaron muchos académicos— que una particular historia del pasado se basaba en las mejores fuentes, que tenía las certezas y aseveraciones sobre los asuntos humanos e históricos que era capaz de contener. El gran *Diccionario histórico y crítico* de Pierre Bayle de 1697, que en su mayor parte estaba hecho de notas al pie (e incluso de notas a las notas al pie) fue una demostración masiva, polémica, de que se podía rescatar de la crítica de los escépticos una limitada cantidad de conocimientos histórico. Su libro tuvo numerosos rivales, decenas de imitadores, cientos de lectores. Unas cuantas décadas después de su aparición, los académicos producían notas al pie al por mayor, y los escritores satíricos se burlaban de ellos por hacer eso. (Uno de ellos, Rabener, escribió toda una disertación en notas al pie, sin texto; después de todo, explicaba, en la actualidad las eruditas notas al pie, no los escritos elocuentes, dan fama a los autores.) Dicho de otro modo, las notas al pie tal como las conocemos son el precipitado de discusiones filosóficas que han olvidado casi todos los autores y lectores de notas al pie.

Como lo sugiere este horrible hecho, las notas al pie no pueden realizar todas las funciones que la mayoría de escritores y lectores creen que pueden hacer. Nunca se pretendió eso. Ningún historiador puede respaldar todas las aseveraciones en una narración ceñida por medio de una nota al pie —la mera acumulación de detalles causaría vértigo—. Y no hay acumulación de notas al pie que pruebe que un historiador atrapó realmente la verdad. Las notas al pie indican algunas de las formas en las que el autor analizó las fuentes e hizo inferencias a partir de ellas. Pero otro historiador que trabaje el mismo archivo encontrará documentos diferentes, o distintos pasajes de los mismos documentos, de mayor importancia, o leerá los mismos documentos de otra manera. (Véase, por ejemplo, la manera en la que Daniel Goldhagen, al leer documentos de archivo sobre los batallones policiaos alemanes que masacraron a los judíos durante la Segunda Guerra Mundial, tejió una historia distinta a la de Christopher Browning, quien respaldó una obra pionera en los mismos textos unos cuantos años antes.)

En el mejor de los casos, las notas al pie sólo pueden documentar una parte de una historia —y subsidiaria, por cierto—. El escrito del historiador ofrece una narración del pasado —una narración que, como gustan de recordárnoslo los teóricos— sigue convenciones literarias antes que obedecer meros límites factuales. Las notas al pie del historiador ofrecen una narración sobre el historiador que escribió el texto —una narración tan literaria, tan convencional y a veces tan fantástica como el texto situado sobre ella—. Las notas al pie cuentan el relato de las fuentes consultadas, de las lecturas que se hicieron, de las interpretaciones aceptadas o descartadas: son como un *staccato*, una parcial biografía intelectual. Pero como un recurso del que no se esperaba más que respaldase la versión de un acontecimiento o de una interpretación polémica, las notas al pie no pueden sostener todo un libro, detalle por detalle.

Ningún historiador puede respaldar todas las aseveraciones en una narración ceñida por medio de una nota al pie —la mera acumulación de detalles causaría vértigo—. Y no hay acumulación de notas al pie que pruebe que un historiador atrapó realmente la verdad. Las notas al pie indican algunas de las formas en las que el autor analizó las fuentes e hizo inferencias a partir de ellas. Pero otro historiador que trabaje el mismo archivo encontrará documentos diferentes, o distintos pasajes de los mismos documentos, de mayor importancia, o leerá los mismos documentos de otra manera.



Sin embargo, las notas al pie son vitales para el conocimiento académico moderno. Lo son, en primer lugar, porque no dan una razón para creer que sus autores hicieron lo más que pudieron para encontrar la verdad sobre acontecimientos pretéritos y lejanos países. En un mundo impersonal, en el cual las credenciales son la única garantía de que un doctor o una dentista en particular son “lo suficientemente bueno” para interpretar el pensamiento de los Padres Fundadores o el desarrollo de la sanidad. Nos dan una razón para confiar en lo que leemos, aun cuando, como de costumbre, no verifiquemos la exactitud de las notas.

Pero las notas al pie tienen también otro papel aún más importante. Le dan al lector interesado un punto de apoyo para desplazar y cuartear las certidumbres en apariencia marmóreas del escrito que supuestamente respaldan. Los historiadores de la Antigüedad escribían para dar instrucciones pragmáticas y morales, asesorbaban con ejemplos que tuvieran un mayor impacto íntimo que el de los preceptos generales. Sus escritos admitían preguntas sobre política y moral. Pero por lo general asumían que la narración principal era algo dado, seguro, sólido, que no se discutía. Los académicos modernos, por el contrario, escriben para ofrecer sus mejores hipótesis, sobre la base de las fuentes que conocen, sobre lo que pasó y por qué. Sus reconstrucciones del pasado ofrecen las aproximaciones más cercanas posibles a una verdad que elude ser aclarada definitivamente con la misma determinación con la que Dafne eludía a Apolo. Las notas al pie, aunque siempre radicalmente incompletas, al menos sugieren el proceso de investigación y de reflexión realizado por los académicos. Al hacer eso, también sugieren las formas en que las propias formulaciones del autor se pueden desmontar. Diseñadas para dar autoridad a los escritos, las notas al pie de hecho socaban. Ellas democratizan la escritura académica: meten en una sola página muchas voces, incluyendo las de las fuentes. Al realizar eso, convierten la lectura de numerosas obras académicas —por ejemplo, las de aquellos importantes emigrados de Weimar, como Erwin Panofsky y Ernst Kantorowicz— en una experiencia peculiar y maravillosa. El lector escucha (y hasta participa en) una conversación con el autor y con los testigos del autor: una conversación más intensa, más crítica y más sugerente que lo que puede ser la lectura de un escrito sin nada. Que vivan por mucho tiempo las notas al pie; o bien, si se rehúsan a hacer tan indigna cosa, que por mucho tiempo ahoguen al lector en una feliz variedad de emociones, anécdotas y opiniones.